

patria, ó por ser comunmente contra males semejantes remedios sin eficacia decretos y pragmáticas.

Y ¿qué? el genio, que no va sino por los caminos que él mismo se abre, y luchando con sus dificultades y vencéndolas se recrece, ¿había de allanarse á tomar uno tan trillado como el de aquella invención prosaica, con vulgaridades y pesadeces de pedagógica?

No; la idea fué convertir en bien la exuberancia del mal: atrevida empresa que solamente el genio podía concebir y darle cima. Nada mejor que poner al héroe de la nueva historia en el punto riguroso de imitar á los de todas, no más que por ser loco como ellos; y así, la locura que caballeros y caballerías habían contagiado á sus admiradores y hasta secuaces declarársela presentándoles el flamante aventurero como un ejemplar fundido en el molde de tanto desatino, y diciéndoles implícitamente: ¡miráos á este espejo!

Ya el buen principio del nuevo héroe auguró buen fin; y, si no se tuviera por encarecimiento hiperbólico, diría que su aparición en el mundo pareció recordar una maravilla de la fábula, pues el loco más rematado, que el destino llamaba á hacer la mayor discreción, salió, armado de todas armas, de la cabeza del hombre más cuerdo. De su abolengo andantesco era figura; y de la sociedad en que nació, trasunto; porque tenía todas las partes de un cumplido caballero, y su locura era parcial, como la de aquellas gentes que, en no tratándose de caballerías, mostraban tener bonísimo entendimiento. De hidalgo, habíase granjeado el renombre de Bueno dónde y cuándo, siendo tantos los buenos, así, por excepción y antonomástica alabanza, se apellidaba á pocos. La patogenia de su particular delirio fué la general; el resultado necesario de la constitución frenopática reinante. Esta paridad, que no se limita á los hechos apuntados aquí, sino que se extiende á todos los de Don Quijote, es la clave de la lección moral que en el fondo de la novela se contiene; y, ahora robuste-

cida con el razonamiento discreto y profundo, ahora sazonado con la ironía fina y festiva, abre los ojos al iluso vulgo y hiérele en el amor propio, para que viendo su desatino y picándose por la burla, cobre aversión á la literatura que en el delirio le ha puesto y de la mofa le ha hecho blanco.

Aunque dicho queda por menor cómo sobrevino, se desenvolvió y tuvo término la locura de Quijano, lejos de estar agotada la materia, da pie todavía para dilatar la consideración, pues bien la merecen algunos rasgos generales, pinceladas felicísimas que realzan sobre modo los primores de la historia en el concepto clínico.

El arte y el fin que se propuso Cervantes requerían de consuno que Don Quijote y su locura fuesen un dechado de belleza moral; y, aunque parezca al primer aspecto que la locura ha de excluir toda belleza, ya se ha visto que de vez en cuando están ambas unidas con maravilloso vínculo en un mismo sujeto, al que hacen simpático y atractivo juntamente con sus prendas personales las ideas y afectos peculiares de su delirio.

No creo que haya quién, aun considerando la Triste Figura del Caballero, no se lo represente dotado de una hermosura inexplicable por ser compatible, consonante, armónica con aquélla. Departiendo sobre la desenvoltura de Altisidora, dice Sancho: *Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en vuesa merced, que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas la enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á mirar á vuesa merced desde la punta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo también oído decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vuesa merced ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. A este reparo tan riguroso satisface gentilmente el Andante: *Advierte, Sancho, que hay dos maneras de hermosura,**

una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura, y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con vehemencia. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho. ¡Oh envidiable belleza! Ésta, ésta es la que debajo de la desdichada traza de Don Quijote se esconde, y á la que jamás empece su locura.

Del conjunto de sus síntomas se destacan los caracteres de su etiología general y particular: elevación de ánimo, puridad de afectos y amor de la belleza ideal.

Es siempre Don Quijote el campeón de la justicia, demándela el rico, y más si la implora el pobre; y para entrar en batalla, no mira la calidad de los enemigos ni los cuenta; perdona á los vencidos y no codicia sus despojos; que con el lauro de la victoria se contenta y satisface. Fatigas y peligros por honra y fama parece ser su divisa. Entre los acompañantes del cadáver de Grisóstomo y los curiosos espectadores de su entierro, nadie más que él; poniendo la mano en el puño de su espada, vuelve por la honra y estima de la hermosa y discreta, si desamorada, Marcela. En agradecimiento de un sencillo agasajo, comprométese á un paso honroso para sustentar por tiempo de dos días que, exceptuada Dulcinea, á todas las hermosuras y cortesías del mundo aventajan las que se encierran en las ninfas habitadoras de los prados y bosques, adonde por huelga han venido con sus familias á formar una nueva Arcadia. Ahora arremete con gigantes, después con fantasmas, más tarde provoca á lidia leones. En frágil navecilla, sin remos ni jarcias, fiase al ímpetu de las aguas, para ir en socorro de un cuitado caballero; y

lánzase á lo desconocido, siempre pavoroso, hundiéndose en el abismo de la cueva de Montesinos, sólo porque entienda el mundo que, si le favorece su señora, no habrá imposible que no acometa y acabe. Altas princesas son aquí las que acude á libertar de cautiverio, y todo un rey es allí el que recibe la ayuda de su brazo; pero también acá por un desastrado ovejero blande la lanza contra el amo cruel que le da azotaina por salario, y allá se pone de parte de Basilio y Quiteria, pobres y desvalidos, haciendo frente á Camacho, rico y poderoso. Y, lo que es más, al Comisario que alza la vara para responder con ella á las embozadas amenazas de Pasamonte, bellaco sobre toda bellaquería, ruégale, interponiéndose entre los dos, que no le maltrate, pues no es mucho que quien lleva tan atadas las manos, tenga algún tanto suelta la lengua.

A la belleza de este delirio júntase la naturalidad del elemento en que se desenvuelve y agita: belleza también, porque hasta lo ordinario y común la tiene, y no inferior á otras, ántes más genuina y acaso más atractiva por su sencillez, que, si no repugna el artificio, tampoco lo necesita. Nuevo mérito de la invención de Cervantes, y poderoso auxiliar sagazmente escogido para su designio.

El teatro de esta locura no es como el antiguo trágico, en cuya escena no estaba personaje que no calzase coturno, prenda arqueológica pura cuando ya nadie viste á la heroica; ni como el moderno de magia, en que las luces, los adornos y la tramoya cautivan los sentidos y arrebatan el ánimo con resplandores, perspectivas y fantásticas maravillas, que unas á otras en tropel se suceden: tales como las que son el más vivo aliciente de las historias caballerescas. No parecen allí palacios encantados, reinos imaginarios ni ínsulas de mares ignotos; no intervienen reyes aventureros, infantas enamoradizas, dueñas encubridoras, enanos correntones, magos diabólicos ni hechiceras desconocidas; no hay

ejércitos rotos, gigantes vencidos ni endriagos descabezados; no se dan furtivas citas nocturnas, ni se hacen viajes en volandas, ni mares de llamas ocultan en su hondo mansiones de delicias; no se usan sortijas mágicas, cuernos horrísonos, escudos prodigiosos ni vasos labrados por arte de encantamiento; ni sucede cosa en tiempo extraño á toda era ó anterior á todo cómputo.

Nada de eso. El teatro en que Don Quijote hace el papel de loco, no tiene otras decoraciones que las del mundo real y prosaico; ni más ni menos que ha sido, es y será siempre; ni salen á él otras personas que las de carne y hueso que entonces se encontraban, casi las mismas que ahora se encuentran, á la vuelta de cada esquina, y, ahora como entonces, van y vienen, se comunican y departen, trabajan y se divierten, altercan y contienden, ríen y lloran; y en sus monólogos dicen lo que les parece, y que nadie llega á saber si ellas no se lo declaran; y en sus coloquios no alambican conceptos, no intrincan razones, no rebuscan términos vetustos ó peregrinos, antes todas hablan en romance como Dios manda, y para que todo el mundo las entienda. Siempre el escenario, el aparato y los actores son los de una comedia de costumbres, según la expresión hoy corriente: campiñas y montes, prados y bosques, ríos y arroyos; caminos carreteros, veredas y vericuetos; chozas, ventas, casas solariegas y sitios de recreo; el campo de Montiel, Puerto Lápice y Sierra Morena; el Toboso y Barcelona; pastores, arrieros, artesanos, mercaderes y venteros; plebeyos y nobles; lacayos y estudiantes; bachilleres, licenciados, frailes y canónigos; personas de fondo y pro, gente necia y de la hampã; cuadrilleros y galeotes; damas y dueñas, criadas de servicio y mozas del partido; fiestas de bodas y entierros religiosos y profanos, compañías de faranduleros y procesiones de disciplinantes, cuadrillas de bandidos y tripulaciones de galeras. Todo pasa tan natural y vulgarmente en la ficción, como pasaba en la realidad cuando Cer-

vantes puso por obra su novela, datándola de un lugar — ignorado, pero, aun así, famoso sobre los más conocidos del universo mundo, — donde *no había mucho tiempo* que vivía el Hidalgo; quien de más á más se llamaba Alonso, como cualquier hijo de vecino, y Quijano, apellido sin duda común entonces y no raro ahora. Con ser hidalgo de solar conocido, de posesión y propiedad, no descollaría en su clase cuando sus colegas le motejaban de haberse puesto *don* y arremetido á caballero, con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Pero, aun quitado lo ponderativo de la murmuración, que, siendo la comidilla de mucha gente lugareña y ociosa, de todo, verdadero y quimérico, hace plato, no cabe duda en que el Hidalgo vivía ceñido á la templanza y sencillez de la modestia, pues era parca su mesa, usual su vestido, y el número de sus servidores no pasaba de dos: una ama, oficio de plantilla en casa de solterón, y un mozo de campo y plaza, hombre, además, tan para poco, que en el drama de la caballería de su señor nunca pisó las tablas, nunca fué llamado ni nombrado, ni una vez siquiera, y pase lo vulgar de la expresión, hizo el humilde y oscuro menester de metemueertos.

Nada como esta naturalidad de tiempo, lugares, personas y accidentes para que la doctrina contenida en la historia sea inteligible á todos y de instrucción segura y fructífera. Nada para hacernos cautos como las desgracias que vemos engendrarse en el elemento en que nosotros mismos moramos; nada para sonrojarnos y corregirnos como las ridiculeces en que precipitan á los que nos rodean acciones no desemejantes de las nuestras. A los que en esta edad vivimos el hado cruel é implacable de Edipo nos suspende, mas no inquieta, cuando el tardío arrepentimiento y la espantosa condenación de don Juan Tenorio, hiriéndonos en lo más vivo de las creencias, nos aparta con horror de su desenfado y extravíos; que casi distancia sideral es la que en todos

conceptos media entre Sevilla la de los españoles y Tebas la de los beocios. Lo desgraciado ó lo ridículo es el término fatal de todas las locuras de Don Quijote; y éste el inmejorable desenlace dispuesto por el que las imaginó y sacó á la plaza pública, para meter por camino á todos con el ejemplo del dolor y desconcepto ajenos, originados del desvarío común, entre seriedad y burla, lástima y regocijo, llanto y risa: lección elocuente y eficaz; pues para aprendida no hay letra como la que con sangre entra, y tál presenta impávido el pecho descubierto al arma mortífera, que, puesto en un lance, se descorazona, rinde y confunde con un gesto de conmiseración ó una carcajada de rechifla.

Dígase ahora si no embelesa el modo con que realizó Cervantes el pensamiento de su obra, y si no ha de causar extrañeza que entre los innumerables doctos y eruditos que á ella han consagrado prolijas investigaciones y estudios, tan pocos los hayan dirigido á la locura del héroe: á su cualidad esencial, y, por lo mismo, inherente y necesaria á su personalidad; porque Don Quijote fué lo que fué, solamente por ser caballero andante; caballero andante lo fué, solamente por loco; de hecho antes fué loco que caballero, ni hizo proeza que no fuese á impulso de su locura; y cuando de loco volvió á cuerdo, dejó de ser caballero de lanza en mano para restituirse á la condición de hidalgo de lanza en astillero. De suerte que como á individualidad frenofisiológica poco le conocemos; pero como á individualidad frenopática le conocemos tanto, que todos le llevamos retratado en la imaginación con tal parecido, que no lo ha sacado hasta ahora, ni es probable lo saque jamás pincel alguno: á causa, principalmente, que en él están unidos los rasgos de una hermosura y de una triste figura, en extraña mezcla, en cierta contradicción de dotes morales y formas físicas; aun bien que reflejándose sobre éstas el resplandor de aquéllas, como por obra mágica las realza, embellece y agracia.

Por esto, cuando, en medio de la admiración universal que no cesa de excitar esta incomparable novela, contemplo el entusiasmo con que hoy, como ayer, se buscan en ella, sacan á luz, aquilatan y encarecen los tesoros que esconde en su seno; y aplaudo el afán con que ayudan á esta labor la Crítica, la Historia, la Retórica y la Gramática, sin otras ciencias y artes á las que, con notoria impertinencia, ciertos fanáticos han querido imponer este servicio; siempre me parece que veo adelantarse mesuradamente la Medicina psicológica, y con el tono resuelto de quien sabe que le asiste un derecho indiscutible, reclamarlo ante todas ellas casi con las mismas palabras que Cervantes aconsejó á su péñola dijese á los indiscretos que quizás en lo sucesivo intentaran descolgarla de su espetera:

Tate, tate.....
De ninguno sea tocada,
Porque esta empresa.....
Para mí estaba guardada.

En la explicación, glosa y anotación del *Don Quijote* toca á la Psico-patología trabajar en primera fila, si no delante de todas las disciplinas que en ella formen. Al personaje por quien se obró la bienhadada regeneración literaria, nadie, como esta ciencia, puede conocerle y estimarle, darle á conocer y ponerle en el grado más alto de la estima pública. Pongárese, en buen hora, la necesidad de remedio que tenían los entendimientos contaminados con la corruptela de los libros de caballerías; encarézcase la oportunidad de la aparición del *Ingenioso Hidalgo* y su éxito indecible y rápido; adviértase que cierta aventura va derechamente á parodiar la de tal ó cual caballero, acaso la más estrambótica, pero también la más celebrada entonces; explíquese el sentido satírico de este razonamiento; descúbrase la burla que se oculta en aquella frase; declárese la alusión de un hecho ficticio á otro verdadero;

apláudase el donoso remedo de las cultas é hinchadas pláticas de algunos caballeros andantes..... todo esto será instructivo, deleitoso, indispensable para la cabal inteligencia del *Don Quijote* y el aprecio de su mérito literario, pero nada dirá en orden al científico que realmente tiene, por más que de nada sin duda estuviese tan ajeno Cervantes como de pensar que á su obra ponía el realce de tal excelencia. Respétese y acéptese, si place, toda aclaración ó anotación de este libro, de cualquiera calidad que fuere, menos las que traen arrastrando coincidencias vanas, semblanzas ilusorias, parangones violentos y filosofías imaginarias, ó las desvanecidas que castigan con palmeta de dómíne anacronismos, desmemoriamientos y solecismos*; pero también reconózcase y declárese que no puede prescindirse del comentario de la monomanía del Hidalgo; del que enaltece más y más á Cervantes por ingenio singular, que penetró ciertos arcanos de la mente enferma, y al regocijo de las Musas da derecho á ser proclamado hijo adoptivo de la ciencia frenopática. La interpretación médico-psicológica de los hechos de Don Quijote es el alma de toda ilustración de su historia.

Yo he procurado explicarlos con arreglo á la doctrina admitida hoy en las escuelas, alentado por mi amor al sujeto y por el anhelo de indicar, á lo menos, cuántos primores se descubren, á la luz de la Patología psíquica, en la famosa novela sobre los que ya conoce y ensalza todo el mundo: Si algún crítico opusiere que mi amor, por su natural acción expansiva, ha dilatado desmedidamente el círculo de mis investigaciones, y llevádome á encomiar con exceso ó á ver materia de encarecimiento donde tal vez no la había, le responderé que antes temo haberme quedado corto, por cuanto creo, y dígolo con sinceridad, que si cualquiera de mis profesores, aficionado, como yo, á aquel libro,

* ; Loor á D. Juan Calderón, que muchos tuertos como éstos enderezó en su *Cervantes vindicado!*

le escudriñase á lo alienista, me dejaría muy zaguero en achaque de hallazgos y alabanzas. Y si hubiere quien, reproduciendo un argumento gastado ya de puro repetido, ni por eso menos fútil, replicare que he violentado el sentido de algunos textos dándole más latitud que tiene en realidad, y de esta suerte atribuído á la obra de Cervantes bellezas que él no imaginó siquiera; le contestaré, primeramente, que, si bien presumo haber acertado en mis interpretaciones, estoy muy lejos de juzgarlas incontrovertibles, y más aún de no retractarme de las que se me demuestre ser erróneas; y, en segundo lugar, que, al ver en un escrito una belleza, admírola y celébrala de luego á luego y por mi cuenta, sin andarme en inquirir si por tal la tuvo también su autor, ni si la puso de propósito, como de caso pensado, ó con el movimiento casi instintivo de la misteriosa enajenacion del ánimo, del *furor*, como decían los latinos, que nace de aquel estímulo íntimo, vigoroso, yehemente, que inspiración, fuego, estro y numen se llama; ó que se produce, según la felicísima expresión del Sr. Menéndez y Pelayo, en la inconsciencia del artista en los momentos de fiebre estética.

La heroica súplica, *permítenos ver la lid trabada, y mátanos con luz*, que Ajax dirige á Júpiter, viendo que una repentina oscuridad y ciega noche impiden á los griegos el combatir; las casi humildes palabras *no llores más á tu amada Creusa*, con que intenta consolar á Eneas la sombra de su perdida esposa en el incendio de Troya, que parten el corazón del desesperado caudillo, y suenan como el postrer gemido de la patria moribunda; la espantosamente cándida pregunta, *Padre mío, ¿por qué no me socorres?*, que el conde Ugolino cuenta haberle hecho su hijo Gaddo al caer herido del hambre en el atroz suplicio en que murieron padre, hijos y sobrinos; la glacial antítesis, *porque soy piadoso, debo ser cruel*, con que Hamlet, después de dar muerte á Polonio, declara que á ser sanguinario y

vengativo le fuerza su amor de hijo; el impasible *no hay lugar, ya acuerdas tarde*, eco de la justicia de Dios, con que al Burlador de Sevilla, puesto al borde del infernal abismo, en el que ninguna alma puede hundirse con esperanzas, le arrebató la última la sombra de don Gonzalo; sin citar otras innumerables bellezas de pensamiento ó de dicción de sumos poetas y prosistas, ¿tendremos que aceptarlas á beneficio de inventario, interín no pongamos en claro si Homero, Virgilio, Dante, Shakspeare y Tirso de Molina las estimaban por rasgos de ingenio que habían de conmovér á toda alma capaz de sentir el rudo batallar y horrible fenecer de los afectos humanos? Del mismo Cervantes ¿quién sabe si llegó á tener barruntos de que en las breves palabras que puso en los labios de Don Quijote derribado por el de la Blanca Luna, había, como dice un insigne crítico de nuestro tiempo, algo de más patético y sublime que cuanto se cita de sublime y de patético en la poesía ó en la historia?*

Hasta á los que pertenecemos al vulgo de los escritores, borroneando cuartillas tras cuartillas, por aquel insanable vicio que ya en lo antiguo afeó un poeta, tal vez en alguna se nos cae de la pluma, sin que lo echemos de ver, una expresión feliz, un concepto agudo ó una imagen hermosa. Pues esto, que á nosotros nos sucede en alguna, aviéneles repetidamente á los grandes maestros en todas ellas; que así salen henchidas

* «El *qu'il mourut* de Corneille, y el *tout est perdu hors l'honneur* de Francisco I parecen frases artificiosas, rebuscadas y frías, frases de *parada*, al lado de las frases sencillas y naturales de Don Quijote, que nacen de lo íntimo de su corazón y están en perfecta consonancia con la nobleza de su carácter, nunca desmentida desde el principio hasta el fin de la obra.» Esto añadió el Sr. Valera al pasaje que de él he copiado en el texto (*Opúsculo citado*, pág. 24); y fué lástima que, al escribirlo, no recordase — puesto que ignorarlo no podía una persona cuya erudición á mucho mayores y muy recónditas cosas se extiende — que las famosas palabras de Francisco I han corrido, aun en los mismos libros de historia franceses modernos, trasladadas con poca exactitud, no diré si por malicia ó por ignorancia,

de pensamientos peregrinos, enseñanzas, donaires y bellezas de todo linaje. Muchas hubo de esparcir Cervantes en la pintura de la monomanía de Don Quijote tan sin percatarse de ello, aunque con gran deleite de los lectores, como Sancho, sin poder reprimirse, ensartaba refranes y refranes, que si á su amo ponían en el extremo de maldecirle y hasta vaticinarle que le llevarían á la horca, para nosotros son el más sabroso saínete de sus razonamientos. Por esto tienen tales bellezas la espontaneidad de la potencia creadora del genio.

Y, en punto á clínica, aunque empírica, dado que las nociones patológico-psíquicas de entonces no eran para formar un cuerpo de doctrina, más ajeno aún había de estar Cervantes de que su imaginación volaba por espacios apenas conocidos de quienes debían conocerlos, puesto que á la figura moral de su héroe, enfermo de una vesania casi del todo ignorada á la sazón, el juicio de la posteridad, sobre la fe de una ciencia ya constituida, la ha confirmado de fiel y primorosamente labrada. ¡Envidiable instinto, encantadora ignorancia de los grandes ingenios! Sí; que Cervantes no cayó en la cuenta de que, con ser lego en Medicina, penetraba una verdad casi oculta á los médicos coetáneos suyos; Cervantes no cayó en la cuenta de que, envuelta en las ficciones y chistes de su fábula, daba la historia de una locura, escrita con intuición que parece inteligencia de alienista, antes que alienistas hubiese en el mundo;

hasta que, de orden de Luis Felipe, se publicaron en 1847 los documentos relativos á la cautividad de aquel Rey. La carta que éste escribió á su madre, la Duquesa de Angulema, á quien había dejado por gobernadora del reino (transcríbela, por entero, de dichos documentos LAFUENTE, *Historia general de España*, tomo XI, Madrid, 1853, pág. 357, nota 1), comienza así: *Madame, pour vous faire sçavoir comme se porte le reste de mon infortune, DE TOUTES CHOSES NE M'EST DEMEURÉ QUE L'HONNEUR, ET LA VIE QUI EST SAUVE.* Véase, pues, si llega siquiera á ser una frase de parada la del vendido y prisionero en Pavía. El que en una ocasion suprema, cual aquélla, equipara con la honra la vida, habla como el más vulgar de los mortales.

Cervantes no cayó en la cuenta de que éstos, á impulso de su asombro y deleite, tomarían sobre sí con ahinco el poner á la vista de todos un mérito tan fuera de lo ordinario, y que, realzado por un voto de tal calificación, prevalecería quizá, en el concepto de los admiradores del famoso novelador, entre los más relevantes méritos de su libro.

¡Qué mucho, si, aunque nuestro ingenio vió en parte el buen éxito de su libro y entrevió la aceptación que había de alcanzar, andando los tiempos, no hubo de creer que su triunfo sobrepujaría á cuanto se imaginó ni pudo columbrar desde la mayor altura del deseo! Porque, á la verdad, nada es, en comparación de todo esto, lo que, por boca del bachiller Carrasco, encarece, anuncia y declara: *¡Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escritas, y rebíen haya el curioso que tuvo cuidado de hacerlas traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano, para universal entretenimiento de las gentes!... Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; si no, dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y aun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzga... Los niños la manosean, los moços la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y, finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen: «Allí va Rocinante.» Y los que más se han dado á su letura son los pajes. No hay antecámara de señor donde no se hallé un Don Quijote: unos le toman, si otros le dejan; éstos le prestan, y aquéllos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se haya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejas, una palabra deshonesta ni un pensamiento menos que católico. Y hubiera podido añadir, la*

tal historia estudiarán y comentarán eruditos de primer orden, nacionales y extranjeros; no tendrá imitador que, por su loca osadía, no sea castigado con universal descrédito; la imprenta, el buril y el pincel emularán entre sí por ataviarla con preciosos adornos; y como á monumento de la invención, del donaire y del bien decir, como á imágen primorosa del arte se le dará culto en los templos de todas las literaturas del mundo.

Pero, respecto de la cualidad que más viveza da á las narraciones de esta novela, y á su forma el atractivo de un ropaje elegante, rico y de buen gusto, si los hay, no se hace el desentendido su autor, sino que se anticipa á afirmarla muy intencionadamente con una ficción oportuna, sobremanera original y chistosa, en la dedicatoria de la *Segunda Parte* al Conde de Lemos, en la que, después de manifestar cuánto le apremian de infinitas partes á que les mande el *Ingenioso Hidalgo*, dice: *y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China; pues, en lengua chinesca, habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó, por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque quería fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana; y quería que el librò que se leyese fuese el de la Historia de Don Quijote: juntamente con esto, me decía que fuese yo á ser el rector del tal colegio.* Pasaje que no ignoro ha sido interpretado en un sentido distinto del que, fuera de lo fabuloso ó fingido, tiene su contexto literal; mas yo aquí prefiero circunscribirlo á este último para tomarlo por una prueba de que Cervantes conocía el servicio que con sus escritos estaba haciendo al habla castellana, y que el Sr. Valera determina exactamente cuando dice que los grandes autores clásicos fijan la lengua en que escriben. *

Para corroborar lo expuesto sobre este asunto he de repetir lo dicho por otros, si no estoy trascordado: que

* Opúsculo citado, pág. 41.

más bellezas ha visto en el *Don Quijote* la posteridad que advirtió su autor; y aun hay motivo para presumir que él mismo estuvo, por lo menos, un sí es no es engañado tocante al mérito relativo, ya que bien conocería el absoluto, de esta obra, pues no le concedió el primer lugar entre las suyas, cuando el fallo unánime de los críticos se le ha dado, no sólo entre ellas, sino entre todas las demás de su género. De lo contrario, no habría escrito Cervantes lo que puso precisamente en la recién mencionada dedicatoria, cual si dijéramos en la carta de recomendación con que quiso introducir al mismísimo Caballero en la amistad del Conde de Lemos: *y con esto me despido, ofreciendo á Vuestra Excelencia Los trabajos de Persiles y Sigismunda, libro á quien dará fin dentro de cuatro meses, Deo volente; el cual ha de ser, ó el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto (quiero decir de los de entretenimiento): y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque, según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.....* ¡Medrados estamos! Pues si entonces, pongo por caso, hubiese habido en Argamasilla de Alba una academia literaria, y á cualquiera de sus individuos, aun al más conspicuo, digamos al Maestro José de Valdivieso*, escapádosele, en el ardor del discutir, un juicio semejante; y si en ella se hubiesen usado fórmulas iguales á las que guardan los modernos congresos parlamentarios, —que, á ser hoy, hartó se usaran, pues se han metido ya hasta en las juntas de cofradía,— á buen seguro habríase visto á muchos académicos, enojados de que así, indirectamente, como al descuido, se deslustrase el crédito

* En la aprobación de *Los trabajos de Persiles y Sigismunda*, que dió en Madrid á 9 de setiembre de 1616, dijo: *por él* (el libro) *se podría decir lo que San Jerónimo de Orígenes, por el Comentario sobre los Cantares: cum in omnibus omnes, in hoc se ipsum superavit Orígenes; pues de cuantos nos dexó escritos* (Cervantes), *ninguno es más ingenioso, más culto ni más entretenido.*

y la fama de su compatriota, levantarse súbito, como movidos por un resorte mágico, y gritar á la vez con el impetuoso ademán que, en tales lugares, es la primera ráfaga de una borrasca: — ¡ *Pido la palabra para defender á un ausente!*

No quiero soltar la pluma sin adelantarme á desvanecer algunas observaciones que, entre otras muchas, pueden hacerse sobre este mi trabajo.

La primera, que saco de una obra inapreciable, tesoro de erudición y ciencia, la *Historia de las ideas estéticas en España*, que leí pocos días después de concluído mi libro, procede de una autoridad tan alta y justamente acatada como lo es el doctor don Marcelino Menéndez y Pelayo, catedrático de Literatura española en la Universidad de Madrid; bastante á infundir respeto y temor á cualquiera que trate de contradecirla, aunque en materia opinable, por más convencido que esté de tener de su parte la razón, por más animoso que sea y hábil en la polémica. Yo, sin embargo, he de entrar en este camino para sostener mi opinión, como á ello obliga el no haberla dado de ligero; bien que de ningún modo para salir al encuentro á aquella autoridad, pues, no siendo un mentecato, no habrá pigmeo que quiera luchar con un gigante. Entiéndase, por lo mismo, que haré una defensa, no una refutación.

«Entre las varias y extravagantes formas (dice) que
 » en estos últimos tiempos ha tomado el *fetiquismo*
 » *cervantista*, que á muchos dispensa de leer al admi-
 » rable autor á quien dicen honrar con sus comentarios, y
 » se junta en otros muchos con un completo desconoci-
 » miento de todas las cosas de España en el siglo xvi,
 » debe contarse por una de las más risibles la de atri-
 » buir al autor del *Quijote* singulares ideas científicas, y
 » estudio positivo de todas las ciencias y artes, liberales
 » y mecánicas, claras y oscuras, con muchas trascen-
 » dencias y marañas filosóficas, que, á ser ciertas, con-
 » vertirían el *Quijote*, de libro tan terso y tan llano

» como es, en la más enojosa de las enciclopedias. En
» vano se les dice y predica á los inventores de tales no-
» vedades que las ideas científicas de Cervantes, si es
» que tal nombre merecen, casi nunca traspasan los lí-
» mites del buen sentido, ni se elevan un punto sobre
» el nivel (ciertamente muy alto) de la cultura españo-
» la en el siglo xvi, como puede probarse por innumera-
» bles libros anteriores á él y de contemporáneos suyos,
» en los cuales están dichas las mismas cosas con mejor
» orden y método, con más trabazón científica, y de una
» manera más profunda y radical. En vano se les pone
» delante de los ojos que Cervantes es grande, por ser
» un gran novelista, ó, lo que es lo mismo, un gran poeta,
» un grande artífice de obras de imaginación, y que no
» necesita más que esto para que su gloria llene el mun-
» do; es más: que esta gloria sufriría no leve detrimento
» y menoscabo si se apoyase en la trascendencia dogmá-
» tica de la obra, puesto que de tal aparato docente había
» de resentirse por fuerza la concepción artística torpe-
» mente afeada por alegorías, enigmas é interpretaciones
» simbólicas. Ellos erre que erre en sostener que Cer-
» vantes es grande, no por artista (cualidad que, sin
» duda, les parece de poca monta), sino por teólogo,
» jurisperito, médico; geógrafo, y no sé cuántas cosas
» más... Es cierto que los grandes ingenios poseen el
» dón de ver con claridad, y en una intuición rápida lo
» que los otros hombres no alcanzan sino por un labo-
» rioso esfuerzo intelectual. Pero esto es verdad de to-
» dos los genios, no sólo de los genios literarios, y so-
» lamente es verdad de cada cual en aquel arte ó ciencia
» para el cual Dios le infundió extraordinaria virtuali-
» dad. Quiero decir que la intuición que el artista tiene
» no es la intuición de altas verdades científicas, á lo
» menos como tales verdades, sino sólo la intuición
» de la forma, que es el mundo intelectual en que él
» vive; y cuando alcanza la intuición de la idea, va ve-
» lada y envuelta en la forma. La intuición de la verdad

» pura, si tal intuición fuera posible, sería propia del ge-
 » nio filosófico, en ninguna manera del genio artístico,
 » cuyo dominio son las formas. Es una aprensión absur-
 » da, y que importa desarraigar, la de que la ciencia pue-
 » da adquirirse por otro camino que por los procedimien-
 » tos de la ciencia misma.... Pero Cervantes era poeta,
 » y sólo poeta, *ingenio lego*, como en su tiempo se de-
 » cía. Sus nociones científicas no podían ser otras que
 » las de la sociedad en que vivía. Y aun dentro de ésta,
 » no podían ser las más peregrinas, las más adelanta-
 » das, las del menor número, sino las del número ma-
 » yor, las *ideas oficiales*, digámoslo así, puesto que no
 » había tenido tiempo ni afición para formarse otras.»*

Ésta, que parece una impugnación muy formidable, no lo es en realidad, si bien se considera, porque no va derechamente contra el pensamiento de mi libro, antes apenas lo toca de soslayo, y no contiene razones por las que hayan de reputarse vanas ó quiméricas las ideas en que está desenvuelto; para convencerse de lo cual léanse los numerosos pasajes donde explícitamente manifiesto y sustento opiniones, algunas idénticas y otras no repugnantes con las declaradas en los párrafos arriba transcritos.

En todos tonos he dicho y repetido que no tenía á Cervantes, ¿por médico?... ¡bah! ni por algo versado en la Medicina; y vez ha habido que de las ideas mismas de nuestro ingenio he sacado una consecuencia que, en aquel concepto, le coloca quizás debajo de muchas personas de mediana instrucción general. Para médico hubiera incurrido en errores graves, y para alienista en descuidos inexcusables; y como yo no he intentado sincerarle de ellos, ni pretendido ocultarlos á la vista del público con la capa de mis alabanzas, ni éstas he dilatado más allá de los justos límites, ni, por tanto, mi reverencia y amor han desvanecido mi juicio; no

* Tomo II, págs. 402-405.

puedo tenerme, en ningún respecto, por tocado del *fetiquismo cervantista*, que, sin nombrarlo, á otros, con mal disimulada intención y complacencia, he echado en rostro. Un *fetiquista* no formula contra su ídolo un capítulo como yo el de mis reparos, en el que la fuerza de las razones está sólo templada con los miramientos de la cortesía.

Para *ingenio lego*, sin embargo, adornó Cervantes su libro con primores tales, que parecen desmentir su filiación, ó confunden al que tiene idoneidad pericial para conocerlos y aquilatarlos, pues no corresponden al orden estrictamente literario, y tienen cierta traza del científico. Aun para cualquier ingenio más lego que él, más ajeno á las especulaciones de la ciencia, menos aventajado en la invención, menos hábil en el cultivo de la literatura, podía ser concepción no superior á sus facultades, ni tal vez ardua, la de un delirio parcial como el de Don Quijote; y no faltaban ejemplares sobradamente vulgarizados que la sugiriesen; pero, á mi juicio, no tanto en ella consiste el mérito de nuestro novelador, cuanto en la lucidez y tiento con que, según he dicho ya, supo desenvolverla en su poema por medio de narraciones y pormenores naturales, sencillos, armónicos, rigurosamente subordinados á la unidad del pensamiento; la cual, como para aumentar las dificultades del desempeño, había de atender á una dualidad constante, bien definida, jamás dudosa, de lo íntimo y de lo externo psicológico.

Parece que necesariamente han de calificarse de científicas esta idea primaria y otras secundarias á que, por lo menos, se ajusta aquella parte del fondo y forma de la ingeniosa invención que le da un carácter específico; pero aunque, por celo de rigorismo histórico, no se les reconozca otra calidad sino la de hijas de la simple observación semiempírica á que estaba reducida entonces toda la doctrina sobre padecimientos mentales, es indudable que habían de exceder á las que eran patrimo-

nio del buen sentido, y por lo tanto se hace duro de convenir en que no se elevasen un punto sobre el nivel, bien que muy alto, de la cultura española de aquel siglo; y más aún que fuesen las ideas menos adelantadas, las del mayor número, las oficiales, dentro de aquella sociedad, cuando ni siquiera lo son dentro de la nuestra, á pesar de aventajarse tanto, en este concepto, á la otra, puesto que de la cátedra, de la academia, del ateneo, del libro, del periódico, del debate público en el seno de congresos especiales, y hasta del manicomio ha podido tomar ya luminosas nociones de la entonces todavía no nacida y ahora en todas partes cultivada ciencia psiquiátrica. Ello es que el *Don Quijote* no tuvo precedente, como no ha tenido imitación que así merezca llamarse.

¡Singular intuición fué, por cierto, la que el gran novelista, el gran poeta recibió de aquella excelsa ninfa, á quien, viéndola más adelante en el Parnaso, Mercurio mismo se la dió á conocer por la verdadera Poesía; la cual

Todo lo sabe, todo lo dispone,

 . . . abre los secretos y los cierra,
 Toca y apunta de cualquiera ciencia
 La superficie y lo mejor que encierra! *

Ni obsta que semejante intuición de verdades científicas no lo fuese como de verdades tales, sino intuición de la forma, ya que en ésta dejó Cervantes envuelta y velada la idea de una locura por extremo peregrina, con tanto primor y acierto, que, sobre ser siempre encantadora la forma, narraciones hay en que más viva y grata impresión hace la idea. Por otra parte, es muy dudoso que á este libro su belleza hubiese elevado sobre todos los de su género; pero certísimo que no

* *Viaje del Parnaso*, capítulo iv.

habría sido bastante para granjearle el concepto de único en la invención, á no animarla el espíritu de una verdad que, con no pertenecer al señorío del arte, sino propiamente al de la ciencia, el genio artístico penetró y supo reducir á su servicio.

Si la Medicina psicológica proclama por boca de ilustres profesores, sobre todo por la del príncipe de ellos, que es *admirable* la descripción de la monomanía de Don Quijote, ¿hemos de pedirle á su autor que nos declare dónde, de quién y cómo adquirió nociones científicas más ó menos depuradas y claras, ó negar que las tuviese, siendo ellas las únicas en que, para distinguirla y singularizarla con un juicio tan favorable y especial, han debido fundarse los hombres de ciencia? De quienes, sin embargo, cumple decir, para que á su dictamen no se dé un alcance fuera de toda razón y propósito, que ninguno, dejando por maravillado de ser discreto, ha querido mirar con vidrio de aumento este libro, con deseo y esperanza de descubrir en él lo que no hay, ni por semejas: trabazón científica, transcendencia dogmática y aparato docente, que para lo didáctico serían ilusorios y pedantescos, para lo literario impertinentes y fastidiosos, y á la obra darían el desdichado aspecto de un engendro híbrido. Como quiera que sea, yo estoy en que los alienistas, si ahora pareciese ante ellos Cervantes, dejarían aparte toda presunción profesional para recibirle con los brazos abiertos, casi al estilo de la conocida ceremonia académica; alternarían con él y le sentarían á su lado, como á un individuo honorario de su colegio.

El que no se haya convencido con estos razonamientos, deséchelos y olvídelos, pero preste atención á otro, en el que hago hincapié, por ser decisivo y concluyente cuánto importa á mi defensa y abono, y que, á pesar de circunscribir la cuestión á límites mucho más estrechos, no por esto quita un ápice al mérito de Cervantes; y es, que este trascendido ingenio, á quien la

asidua observación y estudio de la naturaleza hicieron maestro en la pintura de caracteres, no lo fué menos en la difícil, por sí y por sus innumerables accidentes, del monomaniaco Don Quijote; donde se ve que la inspiración artística adivinó la verdad clínica de tal modo, que la obra literaria que, siquiera por virtud de la clara y asombrosa intuición del furor poético, nació de aquélla, salió realzada con felicísimos toques de luz médico-psicológica; y en las narraciones de una novela de mero entretenimiento, al parecer, quedó embebida la historia de una locura rara, con soberano artificio, con tanto donaire en la una y exactitud en la otra, que así contenta á los hombres de letras como satisface á los de ciencia, suspendiéndoles á todos. Entiendo que esto no podrá negarlo nadie.

Comparadas con esta primera observación, las restantes son de poca monta.

Habrà tal vez quien note que, por mi encariñamiento y trato continuo con el Hidalgo, he caído en la ilusión de representármeme como á un sér real, como á alguien que, en efecto, moraba en un lugar de la Mancha, comía pan á manteles, hablaba con sus deudos y amigos, hacía, en fin, todo lo que otros hidalgos de su clase, y luego ejecutó lo que de él se ha escrito; y ni más ni menos me he representado á dichos deudos y amigos y á cuantas personas le trataron durante el único período que de la historia de Quijano conocemos, ó sea el de su locura. Por aquí habrá parecido que discurría sobre un hecho clínico positivo de criatura nacida, y la intervención de otras que, ó la asistieron, ó la maltrataron, más bien que sobre el fingimiento de la persona principal y de las secundarias, la disposición y artificio de los sucesos de una simple novela. No puedo buenamente negar que para este reparo he dado motivo bastante, aunque sin infringir, así lo creo, algún precepto literario; pero seguro estoy que haya un lector tan torpe, que no acierte á coger el hilo de mis ra-

zonamientos por el cabo de su sentido verdadero. Merced á la prodigiosa potencia artística de Cervantes, tiene el *Don Quijote* tanta vida, que su lectura no lo parece, sino visión de cosas corpóreas en tal manera, que de ella llevan sin duda los más impresa en la fantasía una imagen tan viva, como vivos en la memoria muchos recuerdos, del héroe especialmente, pero también de todas las personas que con el héroe se comunicaron, de los lugares en que sus aventuras y desventuras acaecieron, de sus coloquios, de sus altercados, de sus risas, de sus lágrimas, y hasta de aquel sér que no le tuvo sino en la mente y corazón del Caballero. ¡Qué mucho, pues, que dejándome llevar, casi sin advertirlo, de la poderosa fuerza plástica de esta narración, y al mismo tiempo de la costumbre, ya en mí segunda naturaleza, del ejercicio profesional en que he encanecido, haya dado forma y orden de *caso práctico* á mi interpretación, figura de *enfermo* al sujeto de él, y realidad efectiva al elemento complejo en que se supone haber vivido, ó sea al concurso de personas, sucesos y circunstancias de toda especie, que respectivamente prepararon, desarrollaron, fomentaron y resolvieron la locura del Hidalgo!

Dirán también que he andado pródigo de citas, con grande exceso; mas, si se considera que no había forma de probar mis aserciones sino con pasajes de la novela, se verá que todos los aducidos vienen muy de molde, y en rigor ninguno huelga, pues hasta los que pueden parecer redundantes sirven para corroborar tal pensamiento, proposición ó dictamen que en los principales ó necesarios se ha apoyado; fuera de que á las veces, aclarando estos últimos, corroboran los primeros. Otra ventaja tienen, y es, que, ya con la repetición de una idea, ya con su mayor desenvolvimiento, acreditan más y más que Cervantes fingió con mucha deliberación, aunque fuese la intuitiva del genio, los hechos que calificaban de loco á Don Quijote, dado que de

este concepto primordial había de partir el alcance literario de su historia, y, si vale decirlo, sobre este pie forzado había de moverse toda su máquina. Por lo menos, al ver la insistencia discreta y graciosa además, con que acaso se trae y se vuelve á traer, cuándo un síntoma suelto y sencillo, cuándo una manifestación complexa y concordante con otras de la monomanía, quédome, á un tiempo, suspenso del original aspecto de la traza, y regocijado de pensar que si á Cervantes trataron no tan bien como merecía sus coetáneos, las Musas, sobre no escasearle favores, distinguieronle con el singular de iniciarle en misterios reservados á pocos escogidos, y no del vulgo sino aun del mundo académico.

Podían haberse alegado las pruebas que en los pasajes se contienen, sin copiarlos á la letra, y sólo diciendo lo sustancial de ellos, que era lo necesario, pues lo otro peca también de prolijo; pero confieso que nunca esto me ocurrió, aunque, si pensado lo hubiese, disuadiérame de ejecutarlo el sentirme sin aptitud para tanto, cierto como estoy de que no hubiera acertado á expresar con menos palabras que Cervantes ninguno de sus pensamientos, ni el más claro y sencillo. Pesó también mucho en mi ánimo la consideración de que en aquel libro, donde todo es notable y digno de miramiento, merced á las cualidades especiales de su autor, están casi siempre hermanadas la idea y la letra con tan estrecho lazo, que ahora parece la excelencia de la una dar á la otra su bizarría, ahora la estructura de la frase ser la manifestación material de la belleza del concepto; de donde resulta que así al entendimiento satisface la sustancia, como al oído recrea la forma; y que acaba uno por encariñarse con la dicción, á influjo del espíritu que en ella alienta y del estilo que la engalana, y por creer, y en esto no va fuera de camino, que lo dicho por Cervantes sobre tal ó cual particular de alguna importancia ó interés sólo podía decirse cómo él lo dijo. Luego véase si hubiera sido prudente, en mi pro-

pósito, no transcribir íntegros los pasajes probatorios, sino, á pretexto de sacar su quinta esencia, meter en ellos mi torpe mano, que necesariamente había de alterarlos y acaso, acaso corromperlos; cuanto más que, según he indicado repetidas veces, tal y conforme están, parecen á menudo escritos por persona que conocía bien el valor psíquico-patológico de ciertos hechos, y si no los refirió con términos técnicos, fué porque no se habían inventado aún los que posteriormente el estudio especial de aquéllos ha pedido; aunque, á la verdad, tampoco los usara Cervantes si existieran, pues mal se hallara con vocablos, exóticos muchos y ásperos no pocos, la siempre castiza y fluida prosa que tanto avalora su libro.

Así ha salido el mío, como ropa zurcida de retazos... pero ¡qué retazos! y ¡de qué estofa!... más rica que la famosa púrpura de Tiro de que hacían sus galas aquellas cortes del Oriente, de tiempos semiheroicos, que deslumbraban al mundo con un esplendor, suntuosidad y pompa desde entonces proverbiales, y para nosotros casi fantásticos é increíbles. Si, como acerté á escogerlos, hubiese tenido maña en juntarlos, vistosa y pulcra sobre toda ponderación habría quedado la labor, y no que ahora parece cosida con hilo gordo, hecha, al fin, por quien no puede presumir de ser diestro y esmerado ni en la más sencilla compostura. Pero dejando el estilo alegórico por el liso y llano, estoy dos dedos de decir que á pocos habrá cabido la suerte que á mí, que, al contemplar este concluído si no perfeccionado libro, puedo complacerme de haber puesto en él mucho bueno, que siempre será leído con gusto; aunque sin duda, por allegarme inconsideradamente á Cervantes, me sucederá lo que, en las antiguas escuelas, al defensor de conclusiones — solemnes justas literarias, enhoramala caídas ya en desuso, — que tal vez se ahuecaba convirtiendo en sustancia todas las muestras de aprobación de la concurren-

cia, con no ir muchas, en realidad, dirigidas á él sino á su padrino, inspirador y casi consueta, cuyo saber y travesura dialéctica la suspendían y deleitaban. Sea como fuere, aliéntame la esperanza de que algo hallarán en mis razonamientos los entendidos, no indigno del sujeto que los ha motivado, pues, á vueltas de tratarle toda mi vida, no puedo menos de haberle tomado muchas palabras, cierto modo de su estilo y tanto cuanto de su buen gusto.

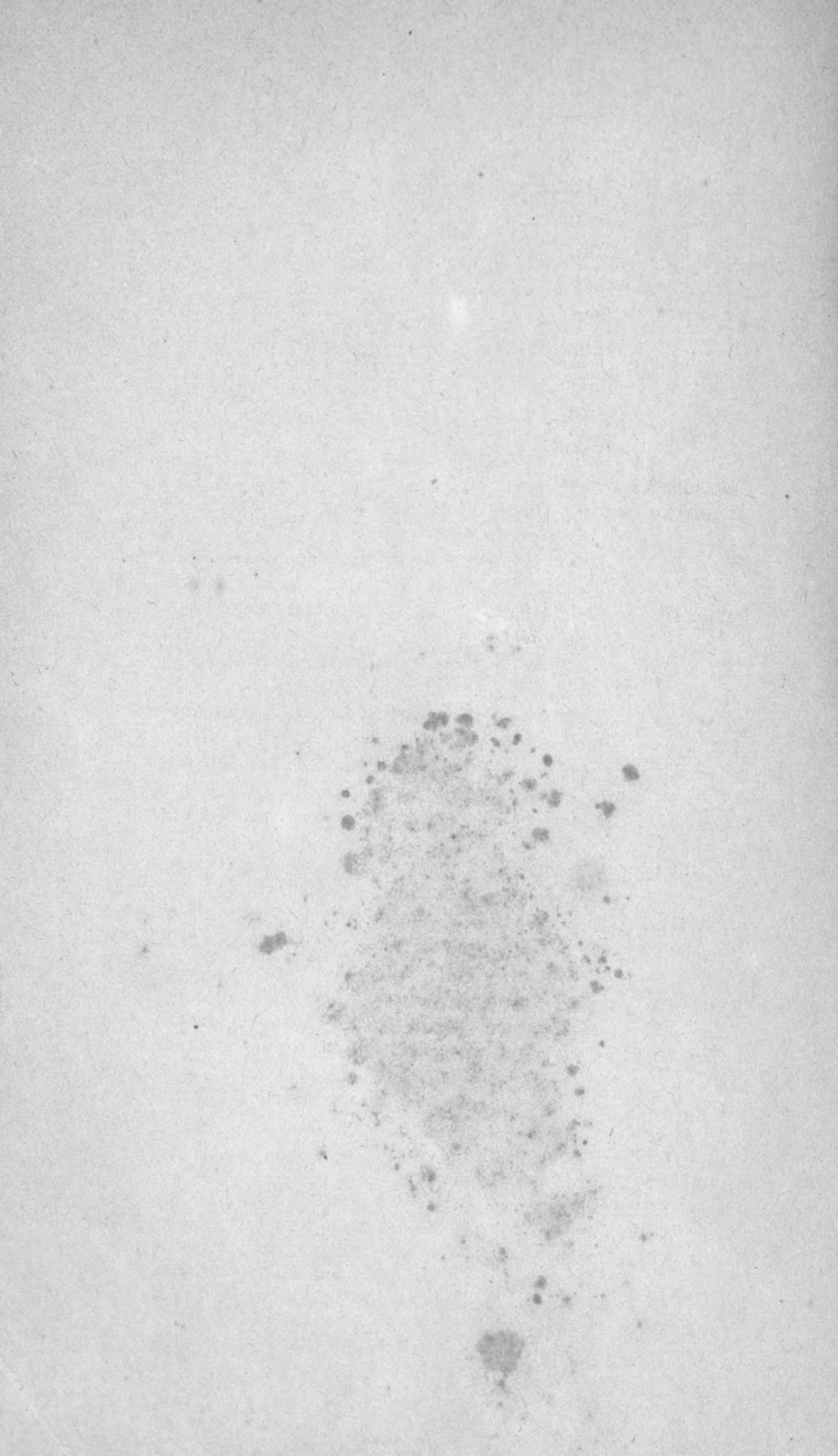
Si así no lo creyese, aunque á riesgo de que se me tilde de presuntuoso y vano, jamás intentara escribir este bosquejo ó ensayo de comentario médico-psicológico, puesto únicamente el designio en dar una pauta para que sobre ella escriban otros mis ilustrados colegas, ya que un trabajo de este género ha de ser, á mi juicio, la razón fundamental, el principio crítico de toda interpretación ulterior del *Don Quijote*. Entretanto, huélgome de haberlo hecho, ¿por qué ocultarlo?, pues, aunque tres escritores nacionales me precedieron en esta grata labor, aventajándome en dotes para desempeñarla cumplidamente, es obvio, á mi juicio, que por no tener la calidad profesional dos de ellos, y escribir de corrida el otro, no ahondaron en la materia hasta donde estaban escondidos sus más delicados primores. Que he descubierto algunos no lo dudo, pero sí que haya acertado á presentarlos á buena luz para que todos puedan ver y apreciar su excelencia: requisito absolutamente indispensable, porque el diamante recién extraído de su lecho de guijo, diamante es, mas no cautivará con sus vivos centelleos los ojos de nadie hasta que hábil artífice lo deje labrado y pulido.

Así el amor, el deseo y la diligencia fiaran por sí solos la perfección en el dilucidar un asunto literario, y la de este libro tocaría al término de lo perfecto imaginable; mas ¡ah! que ellos no bastan, ni la materia es para tratada por quien, sobre no contar con la erudición, crítica é ingenio necesarios, ha visto correr los

mejores años de su vida afanado en tareas profesionales, que apenas le han concedido breves y raras veces sosegados ocios para el cultivo de las buenas letras. Con una desventaja de tanta monta he tenido que luchar en mi empeño, y con otra de más entidad todavía, y es, el profundo respeto que me inspiran Cervantes y su inmortal novela; del que nació un temor, que hasta ahora me había retraído constantemente de tratar de las cosas de Don Quijote, pues, á influjo de aquel afecto, la imaginación me las representaba defendidas, como de manos profanas cosa sagrada, por un veto absoluto y casi conminatorio, pronunciado por un poder invisible, misterioso, de autoridad soberana. Parecíame ver escrito sobre ellas un letrado, á cuyo sentido recto daba mayor fuerza el metafórico, igual, salvo una leve y pertinente variante, al que el mismo Caballero, dolorido de su desgracia, y como para hacerla respetable á las generaciones futuras, quiso poner sobre el haz de sus inmaculadas armas, melancólico trofeo de sus glorias:

NADIE LAS MUEVA,
QUE ESTAR NO PUEDA CON HAMETE Á FRUEBA.

FIN.



ÍNDICE.

	PÁG.
INTRODUCCIÓN.	I
CAPÍTULO PRIMERO. Cuatro palabras acerca del folleto de Hernández Morejón.	24
CAP. II. Desenvolvimiento de la locura de Alonso Quijano.	30
CAP. III. Antecedentes necesarios. Apuntes de Medicina psicológica.	40
CAP. IV. La locura de Don Quijote diagnosticada por el sentido común.	79
CAP. V. Diagnóstico de la locura de Don Quijote por sus síntomas elementales.	91
CAP. VI. Realidad objetiva, para el loco, de sus ilusiones y alucinaciones.	112
CAP. VII. Epifenómeno de la locura de Don Quijote, que semeja el delirio de la zoantropía.	118
CAP. VIII. ¿Tuvo Don Quijote, en el curso de su locura, algún acceso de sonambulismo?.	126
CAP. IX. Vigilancia del delirio.	132
CAP. X. Falta de conciencia refleja de la locura en el que la padece.	138
CAP. XI. Un misterio psicológico.	148
CAP. XII. Cordura subsistente en la locura.	154
CAP. XIII. Metaptosis ó mudanza de forma de la locura de Don Quijote.	169
CAP. XIV. Curación de Don Quijote, y muerte de Alonso Quijano.	187
CAP. XV. Locos simpáticos	204
CAP. XVI. Idealismo y realismo.	230
CAP. XVII. El loco, por la pena es cuerdo.	253
CAP. XVIII. Triple fatalidad de la locura.	259
CAP. XIX. Constituciones frenopáticas. Bosquejo de la que influyó en el desenvolvimiento de la monomanía de Don Quijote.	266

	<u>PÁG.</u>
CAP. XX. Tratamiento terapéutico que se usó con Don Quijote.	299
CAP. XXI. Reparos.	324
§ I. Sobre la frecuencia relativa de las ilusiones y de las alucinaciones, y sobre la mudanza de ellas y de los conceptos delirantes.	326
§ II. Sobre la credulidad y la incredulidad de los locos.	338
§ III. Sobre la suspicacia y la insociabilidad de los locos.	348
§ IV. Justificación de los reparos.	370
CAP. XXII. Fuentes á que pudo acudir Cervantes para lo científico de su invención.	375
CAP. XXIII. El quijotismo.	406
CONCLUSIÓN.	437



Biblioteca Regional de Madrid



1001611

17519



1001611



60984 81800